

LA VIDA ESPIRITUAL
**Silencio de presencia ante un Dios “sufriente y velado”
que nos espera en lo más íntimo de nosotros mismos⁴**

Alguien me dijo hace poco, al salir de la instrucción de tres horas: “*En el fondo, estoy decepcionado: lo que usted me ha dicho no me ha proporcionado nada, lo que yo quisiera es una técnica... una técnica de la vida espiritual*”.

Comprendo bien este pedido y hay toda una tradición hindú infinitamente eficaz y venerable donde la vida espiritual precisamente es comunicada por medio de técnicas que tienen un resultado tan maravilloso que es imposible negarles valor.

Hay técnicas de la vida espiritual en ese sentido, como hay métodos, y esos métodos pueden estar dotados de una inmensa fecundidad. Por otra parte, la mayoría de las instituciones religiosas, de las órdenes religiosas, en particular de las órdenes religiosas modernas, se han dado o han recibido de su fundador, una técnica de meditación particular.

Como en ellas toda la jornada está ritmada por un determinado número de ejercicios y constituye un marco necesario fuera del cual, en general, la vida espiritual de la congregación tiende a quebrantarse, uno no puede, si no es fiel a ese orden del día, a ese marco metodológico, no puede mantener el nivel de la vida espiritual en un grado muy elevado.

Es pues indiscutible que se puede concebir la vida espiritual como relacionada con técnicas. En nuestro ambiente occidental, el yoga, en una forma muy vulgarizada en general, reducido a ejercicios, a una gimnasia por lo demás fecunda y útil, pero que no reposa sobre bases espirituales muy profundas, penetra y obtiene excelentes resultados. No se trata pues en absoluto de subestimar las técnicas de la vida espiritual.

Personalmente, no es esa mi orientación. Quiero decir que mi experiencia está centrada tan fuertemente en la libertad del Espíritu y en el diálogo nupcial con la **Presencia** única, que aspiro más bien a un espacio donde no se delimiten categorías y donde el método esté subyacente, mucho más que explícito.

Yo diría que hay determinadas orientaciones que me parecen capitales y una de ellas, por supuesto, a la que no he cesado de referirme en primer lugar, es el silencio, que se apoya en una experiencia de encuentro con el silencio, en particular a través de la vida monástica.

Es en los monasterios donde yo he sentido la **Presencia** del silencio, donde he tenido esta experiencia del silencio como de una persona, no como una consigna donde uno decide de pronto callarse e interrumpir las conversaciones, sino la experiencia de una vida que está enteramente cimentada sobre el silencio, donde la clausura significa que se deja de hablar o, si se debe hablar, es en voz baja, de modo de no turbar el silencio, donde, desde la tarde hasta la mañana, toda la noche, queda claro que se permanece en silencio y toda la comunidad verdaderamente respira el silencio, vive de él y lo irradia.

Cuando uno ha vivido en un monasterio ese silencio, cuando lo ha percibido en la respiración, queda totalmente impregnado de él y encuentra el rostro de Dios también a través de ese silencio en una libertad infinita y, naturalmente, esa experiencia vuelve a darse; desde que uno la tuvo una vez profundamente, vuelve a tenerla todo el tiempo: está en el corazón del silencio, y lo vuelve a encontrar en todas las obras de arte.

¿Qué es contemplar una obra de arte y entrar en su ritmo, sino alcanzar la fuente de la eterna belleza y superar todas las formas y, a través de una realización particular pero que lleva el sello de lo universal, superando esa realización, incluso si constituye la mayor obra maestra, a través de esa misma obra maestra, como a través de un sacramento, volver a encontrarse con esa belleza que no tiene límites y a la cual quería conducir el banquete de Platón?

⁴ Conferencia pronunciada en el Cenáculo de París, el 29 de enero de 1967. Fue presentada en la Jornada de amistad de los amigos de Maurice Zundel, París, domingo 26 de abril de 2003. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, de la abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo, Argentina.

Entonces, a través de todas las obras de arte, a través de todas las grandes arquitecturas a las que soy particularmente sensible, volver a encontrar en un espacio limitado, gracias a un juego de formas, un espacio ilimitado; volver a encontrar en la pesadez de lo material, la ligereza de la gracia y la vida, justamente, la vida que surge de un amor que hace contrapeso a la pesadez.

No hablo de la música, que crea por sí misma, si responde a su vocación divina, si es verdaderamente obra de las musas; la música conduce necesariamente al silencio y nos arroja en él en cierto modo inmediatamente, apaciguando nuestros ritmos fisiológicos, comunicándonos cierta euritmia; la música nos conduce de nuevo al centro y nos hace respirar el silencio.

Podríamos decir, pues, que, en mi experiencia, que es forzosamente una experiencia, y por lo tanto limitada, el silencio es el elemento capital y que todo mi esfuerzo es volver a encontrar el silencio, reconstituir esa célula interior donde respirar la **Presencia** única.

El monasterio, y, en el centro, la liturgia monástica, la liturgia eucarística, la misa para decir la palabra más simple, es evidentemente para mí un lugar, uno de los altos lugares de la vida y no la vivo jamás sin volver a encontrar esta exigencia fundamental de universalidad a través de un silencio que hace caer todos los muros de separación, y trato de vivirla, de vivirla en presencia de toda la historia y de toda la humanidad y así desapropiarme de mí mismo en este encuentro universal.

El estudio también, que tiene un lugar tan grande en mi vida, el estudio primero de ese esfuerzo humano hacia la verdad, la marcha maravillosa y apasionante en la que la humanidad no cesa de progresar en una conquista de las energías naturales organizándolas, y, mucho más lejos todavía, entrando en diálogo con el universo como con una **Presencia** y como con una persona, esto tiene algo de exaltante, de magnífico, de inagotable, que no cesa de renovar el movimiento de la inteligencia.

La compañía de los libros es incomparable, es una compañía silenciosa que pone en presencia de ustedes o más bien que los pone en presencia de todos los pensamientos del mundo desde la más remota antigüedad y que, gracias hoy a procedimientos de reproducción maravillosos, les permite asimilar todas las obras de arte y todos los descubrimientos del genio.

Y es evidente, cuando uno entra en este trabajo del pensamiento humano que está gobernado por el silencio –porque un sabio auténtico no será verdaderamente tal más que en la medida en que haya superado sus opciones pasionales, en la medida en que esté centrado únicamente en la búsqueda de la verdad– que es imposible entrar en este movimiento sin volver a encontrar de nuevo el mismo rostro, la misma **Presencia** silenciosa en lo más íntimo de sí. Y es esta respiración del silencio, tanto en la alegría de conocer, como en el esplendor del arte y como en el misterio de la liturgia, es todo esto lo que hace de Dios, finalmente, una respiración constante y un nacimiento a cada latido del corazón.

Por supuesto que esto no es todo, en ese sentido lo que falta, y que es quizás lo esencial, es hacer oración sobre la vida, es decir, ver en la vida una realidad sagrada.

Y esto se hace espontáneamente. Naturalmente, cuanto más vive uno en el silencio, más lo gusta y lo necesita, más saca de él su libertad, más también está inclinado a mirar en los otros lo único necesario. Y la vida llega a ser necesariamente una oración sobre la vida, es decir que uno ya no puede abordar a los otros sino en función de ese valor esencial que ellos llevan en sí mismos y esto desde los dos aspectos.

Están los seres que tienen necesidad de nosotros, están todos los miserables, están todos esos vagabundos que, todos los días de la vida, vienen a golpearles las puertas, está ese rostro de la miseria y de la desesperación que, al lastimar en ustedes un cierto sentido de la dignidad humana, los vuelve fraternos con esa miseria, por lo menos los inclina a sentirla como propia, los convence de que, lo que ustedes pueden tener, pertenece por igual a los otros, de que ellos tienen el mismo derecho que ustedes a la seguridad, y desea que el compartir con ellos sea una simple cuestión de justicia elemental.

Pero se trata sobre todo de un valor ilimitado en ellos, que uno recupera en la medida en que supera las apariencias y en que comulga con lo más profundo de ellos mismos. Es siempre el mismo encuentro, no hay otros, se da siempre la misma **Presencia** fuera de la cual ninguna presencia es posible.

Está este encuentro con la angustia humana, está también el otro encuentro con el amor humano. Porque es evidente que uno no puede entrar en la amistad de los otros más que en un espíritu de desapropiación. Si uno no quiere ser una atadura para ellos o exponerse a que ellos se conviertan en una atadura para sí, es preciso necesariamente crear esta distancia de respeto y de desapropiación que es la única manera de llevar a cabo o de realizar una proximidad absoluta. Y, de nuevo, si uno quiere mantenerse en equilibrio en este universo afectivo, que es tan importante, sólo puede hacerlo al precio de esta oración continua sobre la vida.

No hay circunstancias en las que uno pueda dispensarse del silencio interior, que es verdaderamente el sacramento de nuestra liberación.

Toda conversación debe estar gobernada por el silencio y cuando uno evita precisamente hablar sin escuchar el silencio, es cuando uno está un poco más seguro de no herir a su interlocutor, de no suscitar en él obstáculos a la verdad, de no predisponer en contra su amor propio sobre lo mismo que uno quisiera aportarle.

Y, a través de todo esto, domina evidentemente la figura del amor crucificado, porque todo este equilibrio compromete a Dios tanto como a nosotros mismos, o mejor dicho, mucho más a Él que a nosotros mismos. Es Dios quien será víctima de nuestras flaquezas y quien las pagará con su vida, porque ese valor que nosotros estropeamos en los otros o en nosotros mismos, ese valor es Alguien.

Está totalmente claro y es admirable poder decir con Flaubert: “¿Por qué querer ser algo, cuando uno puede ser alguien?”, y considerar que, en efecto, lo que hace a un hombre, es que él ha dejado de ser una cosa y que ha alcanzado ese grado de perfección y de libertad en el que es una fuente y un origen y en el que su presencia, justamente, determina en el mundo una corriente creadora.

Pero llegar a ser alguien supone a Alguien frente a sí. Como lo he dicho a menudo, uno no puede ser alguien sino para Alguien y ese Alguien en el cual y por el cual nosotros llegamos a ser alguien, no puede ser, finalmente sino esta **Presencia** que nos espera en lo más íntimo de nosotros mismos y de la cual san Agustín expresó la admiración, o mejor dicho qué admiración suscitaba en él, en la canción donde cantó *la Belleza siempre antigua y siempre nueva* que embelesó su corazón y lo hizo pasar de las cosas exteriores hacia lo interior.

Finalmente, ese Alguien en quien nosotros llegamos a ser alguien y que es en nosotros una fuente que brota para la vida eterna, ese Alguien es esencialmente frágil y puede estar en nosotros sin que lo sepamos, mientras lo dejamos librado a un abandono absoluto, a una indiferencia tal que parece no existir y, es esto precisamente lo que podemos constatar en la mayor parte de nuestras vidas y la mayor parte del tiempo: Dios es inexistente.

Seguramente tenemos un vago recuerdo de Él, pensamos siempre en nombrarlo, nos acordamos de ciertas consignas, pero no vivimos en Él. Es raro que llevemos la identificación hasta ese matrimonio de amor que haría de nuestra vida toda entera un compromiso nupcial.

Un verdadero compromiso nupcial, si puede existir entre los esposos, es bien raro – confesémoslo –, pero si puede existir, basta para llenar la vida, para colmarla maravillosamente, porque ese compromiso hace de cada gesto un gesto de amor, de cada trabajo una ofrenda de amor, de cada ausencia o presencia una renovación del amor y le da, en consecuencia, una dimensión infinita.

Entonces todo, verdaderamente todo, se realiza con todos desde adentro, y hasta la vajilla de la cocina deviene sacramental porque se inscribe en el ritmo maravilloso del amor.

Si la vida con Dios llegara a ser un matrimonio de amor, tendría el mismo carácter, sería toda entera una respiración de amor.

En realidad, esto es difícil, pues aún si permanece en nosotros la intención de una unión continua, si estamos atentos a las grandes direcciones de vida, si no las transgredimos voluntariamente, al menos cuando estamos en plena posesión de nuestra conciencia, sigue existiendo, la mayor parte del tiempo, el desgaste, la fatiga, las preocupaciones exteriores, la necesidad de responder a las solicitudes que nos rodean, y todo eso nos impide permanecer en la fuente o cerca de la fuente.

Entonces, ¿cómo recobrar esa corriente secreta y creadora? ¿Cómo volver a sumergirse en la fuente? ¿Cómo renovar el fervor y el entusiasmo?

Me parece, en lo que a mi respecta, que lo que me resulta más sensible, es siempre esta conciencia de la fragilidad de Dios, esta certeza de que nuestra vida repercute sobre Él, de que es Él quien en realidad sufre las consecuencias, de que es Él quien pagará finalmente todas nuestras debilidades y de que el reino de Dios está esencialmente ligado a nuestra fidelidad.

El reino de Dios no es más que la Encarnación de Dios, como lo decía hace un momento, la Encarnación de Dios en nuestra vida. Es imposible que Dios entre en la historia, dado lo que Él es –es decir el amor, no es más que el amor–, es imposible que Él entre en la historia, sin nuestra mediación.

Todos nosotros, por lo tanto, en el marco de nuestra vida cotidiana, todos, en nuestras relaciones humanas, todos nosotros somos mandados a inscribir esta **Presencia** divina, sin nombrarla, lo que requiere de nosotros, nuevamente, un acrecentamiento de presencia y de generosidad.

Y, bajo ese mandato, como las ocasiones no faltan, hay en una jornada muchas circunstancias en las que es necesario hacer frente a pedidos, a ruegos, a críticas, a acciones malintencionadas, a miserias que superan las posibilidades de auxilio, a quejas al infinito que requieren atención, a sufrimientos, a dramas en los que uno está constantemente mezclado y que crucifican.

Uno tiene, de sol a sol, ocasión de superarse para no dejar caer esta **Presencia** y, desde el momento en que tiene ese cuidado, vuelve a encontrar esta **Presencia**, la revive, se enraíza más profundamente en ella hasta la identificación con ella [**inaudible**] en la existencia.

Hay pues, me parece, dos aspectos de la vida espiritual que son esenciales.

Por una parte, la renovación interior, esta vida recogida con el Señor en el silencio, cualesquiera sean los caminos que conduzcan a ella, si es la música, pongan un disco y después escúchenlo, o vayan a pasear a orillas del Sena o vayan a esquiar en la montaña o sumérjense en un estudio que los apasiona o vayan a hacer un retiro en un monasterio o asóciense a una liturgia silenciosa... poco importa: cada uno tiene su camino y los buenos métodos son los que dan resultado, por lo tanto, el que nos conduce más inmediatamente al silencio como a una **Presencia** y que va a renovar para ustedes el encuentro esencial, ése es el buen camino.

Cada día puede por lo demás ofrecer otro camino según las circunstancias y según los gustos. Cada cual tiene su potencial de admirarse orientado en una cierta dirección y la experiencia hace al hábito, y justamente lo que maravilla más profundamente a una persona es indicio de una revelación que se dirige más personalmente a ella. Por lo tanto, hay todas las libertades posibles en cuanto al camino, con tal de que el fin sea el mismo: lograr el silencio que escucha.

Si conocen las técnicas del yoga y les convienen, no duden en emplearlas, si se convierten en un camino más eficaz para descubrir el rostro del silencio.

Naturalmente, pueden también vivir el silencio en una meditación que han preparado con el método de san Ignacio, con la composición de lugar, con las diferentes articulaciones del propio discurso interior, con las conclusiones, las resoluciones, el ramillete espiritual. Muy bien, si eso está de acuerdo con su temperamento y llega a ser para ustedes algo verdaderamente espontáneo y vivo.

Yo prefiero no trazarme camino y simplemente dar al silencio, en toda su amplitud, la posibilidad de acoger la visita, según como surja en un momento dado. Pero sé que ese silencio es absolutamente indispensable y que yo no aguantaría una jornada si no lo hubiera vuelto a encontrar.

Por otra parte, precisamente porque este encuentro con lo único necesario es un encuentro con todo el universo, es imposible alcanzar la verdadera soledad interior sin tener presente a toda la humanidad, –y se la tiene tanto más presente cuanto más silencioso se está en la soledad inviolable de un compromiso nupcial–, justamente, porque ese diálogo con el Señor, ese diálogo sin palabras, que es una presencia universal, entraña como consecuencia inevitable el retomar el diálogo con los demás y ese diálogo místico con los otros es tanto más real cuanto mejor ha sido preparado en el silencio de una soledad donde Dios se respira.

Entonces vendrá justamente, constantemente, a través de todos los rostros de la vida, vendrá a nosotros el rostro del segundo Adán, ese rostro del Hijo del Hombre, ese rostro del

mendigo divino que nos solicita y que tiene necesidad de nosotros a través de nuestros hermanos humanos para realizar en ellos ese reino de libertad y de amor que es el reino de Dios.

Vendrá también la oración sobre la vida, la oración sobre la amistad, sobre el amor, sobre los seres que uno ama, sobre los rostros que son indispensables para no ser esclavo de la ternura y para no contaminarla con el espíritu de posesión, para hacer circular al fin en toda la humanidad esta libertad divina.

Es preciso pues mantenerse en este estado de oración y de silencio y, como es imposible emprender ninguna cosa en el orden humano, nada de valor, nada que vaya hasta el fondo de un problema, sin volver a encontrar ese silencio creador, toda la vida se convierte en oración, sin que haya un método determinado, sin que uno pueda decir cómo se hace.

Ocurre como en una vida nupcial: si uno ama, vive con el ser que ama o con los hijos que ama, vive para ellos, vive en ellos, vive en razón de ellos, trabaja para asegurarles la seguridad y en el trabajo los tiene presentes, puesto que se ocupa de ellos y se reúne con ellos con mucha mayor alegría, pues no los ha dejado.

Es así, finalmente, es esa respiración constante, esa libertad que surge sin cesar, que se vuelve a encontrar a cada paso y detrás de cada rostro, en la medida en que uno ha descendido a la zona más profunda de sí mismo, donde no hay más ruido, y donde uno es capaz, a través de la acción, a través de esa especie de desdoblamiento que es la condición misma de una vida humana equilibrada, ya que no puede negar el aspecto visible del mundo, ni tampoco el aspecto interior, que están esencialmente ligados: el uno conduce al otro y el otro se trasparenta en el primero, y uno llega necesariamente a la unificación de su existencia espontáneamente.

Esto no es precisamente algo que esté articulado en un método riguroso, en una especie de resolución cerrada y soldada tan profundamente a la voluntad que uno no pueda jamás soltarse. Es algo más libre, mucho más espontáneo, que no da ese sentimiento de que se está ligado a alguna cosa.

Uno está ligado a Alguien y, justamente, ese vínculo con Alguien es una libertad y no un yugo. Y es la alegría de volver a encontrar esa libertad que, precisamente, exige ese encaminarse en todas las relaciones humanas, ese encaminarse a través del silencio. Pero, una vez más, lo que es el elemento determinante, finalmente, es esta especie de compasión respecto de un Dios abandonado y crucificado.

Ustedes conocen esa expresión de Nietzsche que a menudo he tenido ocasión de citar y que me conmueve tanto: “¡Que el amor de ustedes tenga piedad de los dioses sufrientes y velados!”.

¿Acaso Nietzsche, en ese momento, revivía una experiencia cristiana sin darse cuenta? ¿Acaso el misterio de la cruz se le tornaba, en cierto modo, presente, así como lo atormentó, por otra parte, tan profundamente en su locura? Es posible, en todo caso, esa expresión me parece cargada de eternidad y él expresa admirablemente, infinitamente mejor que lo que habría podido hacerlo yo, lo que experimento: “¡Que el amor de ustedes tenga piedad de los dioses sufrientes y velados!”.

Es verdad: Dios está ahí, somos nosotros quienes no estamos, y no pasa nada. El mundo está entregado a todas las fuerzas materiales, casi sin contrapeso, porque las religiones tal como se viven apenas si contienen un elemento místico, ellas coinciden a menudo con movimientos comunitarios que son o nacionalistas o racistas o de clase. Falta en ellas la mayor parte del tiempo ese elemento universal que es el nacimiento del hombre en Dios y la Encarnación de Dios en el hombre.

Por eso la inmensa mayoría de los hombres pasa al lado de los creyentes aceptando a esos seres extraños que tienen necesidad de muletas para avanzar a través de la vida, que todavía no han triunfado de su miedo, que buscan una seguridad infantil, pero no se les ocurre pensar que podrían recibir de los creyentes algo esencial, que revelaría la vida en sí misma, haciéndola brillar en su esplendor.

Es necesario justamente que esto cambie en nosotros y que tengamos esa ambición magnífica de ser creadores y de devolver a Dios, en nosotros, su rostro, su rostro viviente.

Como depende de nosotros, finalmente, de la mañana a la tarde, dar a ese rostro un relieve nuevo y revelar ese rostro en lo más concreto, es decir, en las relaciones de cada

instante con aquellos que nos rodean; la adaptación a esas relaciones es un ajuste armonioso y adecuado, en el cual uno puede entrar inmediatamente en el juego del momento, en el juego de los humanos, en el juego de los conflictos, en el juego de los sufrimientos, aportando allí un elemento pacificante. Esto depende de nosotros, como también que Dios devenga en nosotros, cada vez más, un ser viviente.

Y es bien claro que no podemos vivir de un dios muerto, de un dios de ayer, de un dios sepultado en los casilleros de nuestra memoria. No podemos vivir más que de un Dios viviente, y eso es aportar la vida, necesariamente, es hacerla sobreabundar como lo quería Cristo. *Yo he venido para que tengan vida y que la tengan en abundancia.*

Es por medio de todos estos caminos, me parece, como se mantiene en nosotros esa corriente divina, y como no cesa de acrecentarse el entusiasmo de nuestra experiencia espiritual.

Es algo siempre nuevo... Es siempre nuevo y no hay día en que no sea nuevo, precisamente porque es imposible encarar la vida sin superar las apariencias, sin dejar transparentar el rostro único y sin ocultarse en él para revelarlo.

Es un modo de encaminarse que no es rigurosamente técnico, rigurosamente metodológico. Hay otras maneras de unirse al centro. Cada uno aquí debe consultarse, ya que cada uno es su propia historia y encuentra en ella su vocación primera. Cada uno está llamado a realizarse siguiendo lo que él es y a irradiar a Dios a través del prisma de su ser. Y, como cada uno es diferente, es normal que cada uno haga el descubrimiento esencial desde un aspecto que no es más que el suyo.

Yo quisiera sobre todo destacar las grandes direcciones y es cierto que un ser de silencio, un ser que se nutre del silencio y que deviene una presencia real del único, es inevitablemente la realización más indiscutible y el camino más diáfano para volver a encontrar la fuente.

La oración, bajo este aspecto, no tiene ya más un aspecto rígido, no pasa por canales predeterminados, es tan suave, tan nueva como la vida misma, cuyas circunstancias no cesan de variar.

Nosotros encontraremos necesariamente lo que conviene a nuestro caso particular, con tal de que mantengamos a la vista ese rostro de un Dios sufriente y velado que nos espera en lo más íntimo de nosotros mismos. Pues, en la fuente de toda conversión y como antídoto a nuestra inmensa fragilidad, hay un régimen cristiano, quiero decir que en la luz de la cruz, está la fragilidad de Dios.

Es algo inmenso e inefable...

Uno comprende que san Francisco haya llorado veinte años por la pasión de Dios, hasta perder la vista, porque él se daba cuenta infinitamente más profundamente de lo que nosotros podemos hacerlo, de que la terrible distracción de la humanidad ante Dios es como la fuente misma o la causa de esa crucifixión, y él quería hacerle contrapeso por medio de esa vigilia de amor que duró veinte años, en la que él era verdaderamente una presencia identificada con la del Señor, para *descrucificarlo* y anunciar, a una tierra nueva y a unos cielos nuevos, un Dios resucitado, como lo hará en el *Cántico del Sol*.

Yo creo que esa es nuestra vocación y la vocación de todos. Todos tenemos una vocación mística y no podemos vivir una vida cristiana más que en este caminar místico que no es otra cosa que un camino nupcial donde uno descubre a Dios en el intercambio con Dios, lo cual puede hacerse a cada instante de la vida.

Pero, ¿quién podría resistirse, quien podría resistir a este llamado de Dios que nos es confiado? ¿Quién podría decirle no, cuando percibe que Él no nos tiene más que a nosotros para defenderlo, quién podría decirle no?

Uno es finalmente siempre conducido a superarse, a vencer su fatiga, a vencer su impaciencia, a vencer su parcialidad cuando sabe que, por falta de un cierto matiz, la vida divina podría perecer. Qué importa, después de todo, lo que nos suceda, si tendremos que dejar todos nuestros bienes cuando nos muramos, todas nuestras posesiones se nos escaparán. Lo que permanece, lo que vencerá la muerte en nosotros, a partir de hoy, es justamente esta solicitud por este otro en lo más íntimo de nosotros mismos, que no cesa de esperarnos.

Si no lo abandonamos, no tenemos necesidad de inquietarnos por nuestro porvenir, aquí o en el otro mundo, porque el amor no pide nada más que acoger al ser amado, que ser

para él un espacio ilimitado, que identificarse con él para que él encuentre en nosotros cómo expresar su vida.

Si tenemos ese cuidado, habremos hecho todo lo que un ser humano es capaz de hacer y descubriremos cada día más a nuestro Dios como un Dios totalmente nuevo que da a la vida un sabor inagotable, porque todo comienza, todo comienza a cada instante, en la medida en que nuestra vida renace de un Dios más profundamente reconocido y más luminosamente encarnado.